



EL ESCURRIERO

POR
JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO

Cuando no había llegado la televisión al pueblo, ni había parque infantil ni, menos aún, consola o móvil, la chiquillería vivíamos el tiempo libre de puertas afuera de nuestras casas. Subíamos y bajábamos las empinadas calles del pueblo inventando mil juegos, explorábamos continuamente nuestro entorno, bajábamos a las acequias de la Huerta o subíamos a la Serrezuela. Allí, en la Serrezuela, uno de los juegos más divertidos era deslizarse por el Escurriero, piedra calcárea ubicada por encima del lugar del Santo y de la calle Parras (coordenadas UTM X: 442355, Y: 4176872, datum ETRS89, huso 30). Una piedra alisada en su parte central, donde se hizo un canal de unos 50 cm. de anchura de tanto deslizarse. La piedra forma un “tobogán” de unos seis metros de longitud y unos treinta y cinco grados de inclinación. Los niños nos deslizamos con frecuencia por ella, terminando por destrozar los pantalones del continuo roce, pues subíamos y bajamos por las hendiduras entre las rocas que hay a uno y otro lado del Escurriero, que servían de camino en las continuas subidas tras deslizarnos.





El Escurriero de Pegalajar.

Hasta aquí los recuerdos personales. Sin embargo, no sabíamos que el Escurriero es mucho más que un tobogán de juegos. Esconde un pasado que, probablemente, se pierda en la Prehistoria; porque el Escurriero, o piedra escurridera o resbaladera, es un elemento vinculado a creencias ancestrales; piedra sagrada, vinculada con ritos de fecundidad del mundo celta que existen en muchos lugares de Europa, como en Francia, donde estas piedras son conocidas como “Pierre à glissade”, vinculadas a la fertilidad femenina; al igual que en el norte de Italia, donde se denominan “pietre dello scivolo”. Según el rito, la mujer debe deslizarse sin bragas, para que la piel tuviese contacto directo con la piedra. El deslizamiento imitaba el descenso del niño por el canal de parto. Otras creencias las relacionan con el poder que daba a la mujer para encontrar marido.

En la Península Ibérica también son numerosas las piedras resbaladeras, sobre todo en las zonas de piedra granítica, como en Portugal, Ávila, Salamanca, Zamora, Burgos, Toledo, Cataluña, Levante, Ciudad Real, Cáceres o Badajoz. En total hay localizadas 275 piedras resbaladeras en la Península Ibérica, según el trabajo encabezado por Martín Almagro-Gorbea: “Las peñas resbaladeras de Extremadura. Peñas sacras relacionadas con la fecundidad”, Revista de Estudios Extremeños (2020), tomo LXXVI, núm. 1, p. 011-042). En muchos de estos lugares ha pervivido la relación de las piedras resbaladeras con la fertilidad de la mujer. A esta relación habría que añadir las existentes en la provincia de Jaén, donde es conocida la de Baños de la Encina (un pórfido granítico estudiado por José María Cantarero Quesada) y la de Pegalajar (piedra caliza), pero probablemente haya más en otros pueblos de la provincia.

Una característica de las piedras resbaladeras es su cercanía a ermitas o santuarios, quizás por el entorno “mágico” donde se emplazan. En Pegalajar, cerca del Ecurriero se ubicaba en el siglo XVII la ermita de San Sebastián y, un poco más arriba, a principios del siglo XX se ubicaba la ermita de la Cruz Alta.

El origen de estas piedras es probablemente anterior a época romana, creencias celtas que han pervivido desde la Prehistoria. El rito de deslizarse por una piedra de superficie inclinada es especialmente común en la zona atlántica europea. Allí es donde han pervivido de forma más clara los ritos ancestrales. En la Península Ibérica, las piedras resbaladeras sólo en algunos casos muestran una relación con la fertilidad femenina, en otros casos de forma indirecta. Quizás por la persecución contra las supersticiones por parte de la Inquisición en el pasado.

El Ecurriero de Pegalajar, que aún pervive, está orientado al Este, por donde sale el Sol. Esta orientación suele asociarse en las creencias prehistóricas con el inicio, la renovación y la energía vital, debido a su relación directa con la salida del sol. Hoy día ahí sigue, inmutable al tiempo, con un alto valor histórico y etnológico, integrado en un paisaje espectacular, mágico, probablemente relacionado con cultos prehistóricos, muy distinto a la función de tobogán de chiquillos que tuvo en los últimos tiempos. La huella de resbalarse durante siglos ha quedado como impronta en la piedra, que aún parece mantener su magia pese al paso del tiempo.

El Ecurriero forma parte muy importante del patrimonio cultural de Pegalajar. Está ubicado muy cerca del pueblo, en el terreno municipal de la Serrezuela, protegido por estar incluido en el Complejo Serrano de Interés Medioambiental de su entorno. Esperemos que esta obra de siglos continuemos respetándola y conservándola.

